



La crisis política y la crisis del Estado

Sinesio López Jiménez*

La pandemia del COVID-19 y la lucha contra ella han sacado a la luz las grandezas y las debilidades de los actores sociales y políticos y los problemas estructurales que estaban ocultos en el subsuelo de la sociedad. Ahora vemos a los actores y a los problemas estructurales al desnudo. El rey está desnudo. Su visibilidad inmediata nos ha permitido conocerlos y tomar conciencia de que es necesario hacer urgentes y grandes cambios.

La crisis de la forma de gobierno y gobernabilidad

Antes de la pandemia el Perú tenía principalmente una crisis política que podía ser resuelta disolviendo el viejo congreso obstruccionista y eligiendo

uno nuevo. El fin del boom exportador produjo una desaceleración de la economía que se estaba transformando en recesión. Teníamos la profunda crisis moral del Lava Jato que acentuaba aún más la crisis política.

¿En qué consistió la crisis política? Era principalmente una crisis de la forma de gobierno dividido que provino de las elecciones del 2016 que entregaron el Ejecutivo a PPK y la mayoría absoluta del Congreso a FP. Un gobierno dividido en un Presidencialismo puro como USA es llevadero y no pasa nada. USA pre-Bush tuvo 50 años de gobierno dividido y llevó la fiesta en paz. Pero nuestro presidencialismo no es puro sino parlamentarizado, esto

es, el Congreso interfiere constitucionalmente en el Ejecutivo dándole el voto de investidura, censurando a los ministros y sometiéndolo a una serie de controles abusivos. A todo esto hay que añadir que KF no reconoció el triunfo de PPK, decidió gobernar desde el Congreso y desbarrancar a PPK.

PPK no quiso resolver la crisis de la forma de gobierno desde el inicio y toleró el obstruccionismo. La Constitución le otorgaba la prerrogativa del voto de confianza para limitar el abuso del Congreso, pero no la utilizó esperando que KF le diera gratuitamente su respaldo. Se produjo entonces una crisis de gobernabilidad, esto es, una parálisis decisoria o una marcha lenta del Ejecutivo.

“Las crisis de la forma de gobierno y de gobernabilidad se agravaron con la denuncia de corrupción revelada por el Lava Jato de Brasil que involucraba a los partidos a través del financiamiento electoral, a todos los presidentes de la República, a los altos funcionarios y a los grandes empresarios.”

Las crisis de la forma de gobierno y de gobernabilidad se agravaron con la denuncia de corrupción revelada por el Lava Jato de Brasil que involucraba a los partidos a través del financiamiento electoral, a todos los presidentes de la República, a los altos funcionarios y a los grandes empresarios. Por acusaciones de estar envuelto en las redes de corrupción, PPK fue acusado de incapacidad moral dos veces y, ante la inminencia de su desafuero, renunció.

Le sucedió el Vicepresidente Vizcarra con el visto bueno de FP. KF pretendía manejar a Vizcarra como

un títere y tener en sus manos a los principales organismos de control (Contraloría, TC, etc), al Poder Judicial y a la Fiscalía. Vizcarra aprovechó el escándalo de la corrupción de los Cuellos Blancos que pretendían apoderarse de la Fiscalía y del Poder Judicial para proponer una reforma del Poder Judicial y una reforma política que debían ser aprobadas en un referéndum. Vizcarra ganó el referéndum y derrotó al fujiaprismo y sus maniobras, pero no supo aprovechar la victoria para cambiar la correlación de fuerzas en el Congreso.

El gobierno dividido siguió en pie, las reformas judicial y política fueron tímidas y mediatizadas, se disolvió en CNM y se creó la JNP. La reforma política se redujo a una tímida reforma del sistema electoral y de partidos. Para acabar con la crisis de la forma de gobierno, Vizcarra propuso un adelanto de las elecciones generales bajo la consigna ¡Nos vamos todos!, pero el fuji-aprismo lo rechazó y se preparaba a capturar el TC y a desbarrancar a Vizcarra. Cuando Vizcarra ya estaba derrotado, desde la lona disparó al corazón del fuji-aprismo proponiendo un cambio en la forma de elección de los miembros de TC y exigiendo un voto de confianza para su propuesta. Como esta fue rechazada dos veces por el fuji-aprismo, Vizcarra disolvió el Congreso y convocó a elecciones congresales para elegir al sustituto.

La elección del nuevo congreso resolvió la crisis de la forma de gobierno dividido y la crisis de gobernabilidad, pero no ha resuelto la vieja crisis de representación. El antiguo JNE convocó a elecciones con las mismas reglas y con los mismos partidos que las elecciones anteriores. El Aprismo desapareció del escenario electoral, el fujimorismo fue severamente castigado, pero no hubo un triunfador claro sino un conjunto fragmentado de partidos que, en conjunto, no llega a representar siquiera a un tercio del electorado del Perú.

Pero el nuevo Congreso no sólo mantiene una vieja crisis de representación, sino que muestra una baja calidad de sus representantes. Esto explica la carencia de una agenda parlamentaria en la que se discutan y se planteen soluciones a los principales problemas del país: el desarrollo económico y social del país, la desigualdad, la informalidad, la crisis y reconstrucción del Estado, la crisis y cambio del régimen político y el cambio de la Constitución del 93. Ni siquiera ha mantenido los pequeños avances de la reforma política del Congreso anterior. Y como se niegan a renunciar a la inmunidad transformada



Renuncia de Kuczynski. ANDINA/Prensa Presidencia.

en impunidad de los congresistas, han terminado, sin querer queriendo, con la propuesta de cambios constitucionales y abonando, de ese modo, a la crisis del régimen que ha levantado la pandemia.

La pandemia y las crisis de las estructuras y de los actores

La pandemia del COVID-19 ha sacado a la superficie de la sociedad las grandes fallas estructurales que tiene el país: el individualismo posesivo, el racismo, la discriminación la informalidad y la fragmentación de la sociedad, la desigualdad económica, la economía neoliberal excluyente, el diseño injusto del régimen político y la imposición de la constitución neoliberal de 1993 así como las incapacidades y la ineficacia del estado neoliberal.

El gobierno aconseja lavarse las manos con jabón para prevenir el contagio, pero amplios sectores de la población carecen de agua y desagüe. El Estado no ha logrado resolver los problemas de saneamiento y de infraestructura que requiere la población, en particular la de las clases populares, pobres y muy pobres. Quiere medir de inmediato el contagio probable de la gente, pero los hospitales carecen de las pruebas indispensables para hacerlo y el gobierno no puede atender esa carencia de la noche a la mañana. Trata de atender a todos los contagiados, pero el Estado carece de número necesario de hospitales para atenderlos. Se esfuerza por salvar la vida de los contagiados más graves, pero los hospitales no tienen las camas UCI ni los necesarios respiradores artificiales para lograrlo. Tenemos médicos excelentes y un esforzado personal de salud, pero no se abastecen. Son desbordados por la masiva demanda. Ellos buscan protegerse, pero sus centros de trabajo no les ofrecen los medios necesarios para evitar el contagio. En resumen el sistema de salud pública es un desastre.

Todas las incapacidades del Estado tienen, por supuesto, una explicación. Las élites gobernantes, todas de derecha (salvo Velazco) en connivencia con las élites económicas, han construido un estado sin dientes, sin garras, sin fuerza, enclenque en los doscientos años de República. No lo diseñaron bien, no lo dotaron de una organización eficiente ni de instituciones adecuadas, no entrenaron bien a su burocracia ni le dieron recursos necesarios para que desarrolle sus capacidades y desempeñe bien las funciones que tiene. El caso de construcción del Estado mínimo y subsidiario (neoliberal) y la configuración del régimen por la constitución



ANDINA/Prensa Presidencia.

neoliberal de 1993 y, en particular, su vigencia en los tiempos del boom exportador tiene ribetes de escándalo. El fujimorismo, los tecnócratas vinculados a los organismos financieros internacionales y sus socios empresariales construyeron

un régimen en el que los aparatos económicos del Estado (MEF, BCR, SBS, etc), al servicio del capital, recibieron todo el apoyo, mientras los aparatos sociales (educación, salud, justicia, seguridad, vivienda, transporte) al servicio de los ciudadanos, fueron abandonados a su suerte.

Se hizo perversamente que la salud pública y la educación pública y todo lo que se refiere a los bienes públicos fueran un desastre para convertirlos en un negocio privado. Hoy los bancos y sus aseguradoras tienen las principales redes de clínicas privadas y el monopolio de las farmacias. Casi lo mismo pasa en el campo de la educación.

Estamos perdiendo la batalla en la lucha contra la pandemia del coronavirus. La casi-derrota no se debe sólo a las deficiencias del gobierno que las tiene y muchas. Es ya una cuestión del régimen y del Estado. No basta solo tener una eficiente política sanitaria para acabar con la pandemia. Es ya también insuficiente una agresiva reforma del sistema de salud. Las reformas parciales han sido superadas por la crisis. Esta ha desbordado a las FFAA, a

“el nuevo Congreso no sólo mantiene una vieja crisis de representación, sino que muestra una baja calidad de sus representantes. Esto explica la carencia de una agenda parlamentaria en la que se discutan y se planteen soluciones a los principales problemas del país”

la policía, a la burocracia, a todos los ministerios y ha puesto en cuestión al Estado en su conjunto.

Incluso una reforma del Estado neoliberal es ya insuficiente e imposible. El Estado neoliberal ha sido hecho para servir los intereses particulares de los que tienen el sartén de la economía por el mango abandonando a la sociedad y a los ciudadanos.

“El desarrollo de capacidades estatales requiere dos cosas fundamentales: un eficiente diseño institucional y organizativo del Estado y una nueva relación democrática de este con la sociedad, la economía y los ciudadanos.”

¿Para qué sirve una economía boyante que solo satisface la voracidad de los ricos si la sociedad se cae a pedazos y la ciudadanía se evapora? La pandemia ha desnudado esta irracionalidad. A esta “normalidad” quiere volver la derecha. Es de locos.

La reforma del Estado implicaría dotarlo de capacidades (coercitiva, efectividad legal, eficacia burocrática en la provisión de bienes públicos [salud, educación, justicia, seguridad], penetración en la sociedad y en territorio y, sobre todo, capacidad impositiva) para que pueda desarrollar bien las funciones que tiene. ¿Se pueden desarrollar estas capacidades en el Estado neoliberal? No se puede. Lo hemos sentido en el alma y en la piel durante 30 años.

El desarrollo de capacidades estatales requiere dos cosas fundamentales: un eficiente diseño institucional y organizativo del Estado y una nueva relación democrática de este con la sociedad, la economía y los ciudadanos. Esto nos lleva a otro formato de Estado o, para decirlo con más precisión, a reconstruirlo generando otra forma de Estado y otra constitución y otro régimen político y económico ¿Cuál?.

Es necesario superar las pendulaciones históricas entre populismo y neoliberalismo que están destruyendo a los países de AL. Es la hora de construir un estado social, democrático y autónomo con fundamentos y diseños innovadores con respecto al pasado. Este el debate de fondo que debiera estar en la agenda política actual. Volvemos.

No basta una profunda crisis total en un mundo globalizado para que todo cambie. Tampoco basta que la gente tome conciencia de la necesidad de un

cambio para que las cosas cambien. Es necesario un actor que sea capaz de transformarlas. El drama peruano es que ese actor aún no existe, lo que agrava más la situación. Asistimos a una crisis de estructuras y de agencia. Para salir de la crisis de las estructuras es necesario resolver primero la crisis de los actores.

Antonio Gramsci, tratando de corregir cierto determinismo de Marx, escribió que “los hombres toman conciencia de las contradicciones de la estructura en el campo de la cultura y las resuelven en el campo de la política”. En ese proceso pueden emerger los actores. Pero estos no aparecen solos por generación espontánea ni están pre-constituidos. Hay que construirlos.

Nuevamente Gramsci, esta vez acompañado por Mariátegui, pensaba que el proceso de construcción de un actor con capacidad de dirigir los cambios pasa por dos momentos: el momento intelectual de la hegemonía en el que se elabora un proyecto político, económico y cultural y se forma una voluntad colectiva nacional y popular y el momento organizativo en el que se construyen la estructura partidaria y las organizaciones populares. Las crisis profundas aceleran en general estos momentos diferenciados y ayudan a la emergencia rápida del actor transformador.

Para abrir curso a este proceso se necesitan iniciadores. Me parece que esta es la ocasión para que las pequeñas izquierdas dispersas y los grupos progresistas abran sus capillas ideológicas, piensen en grande, se unan y convoquen a los intelectuales y profesionales progresistas de diversas especialidades y a las clases medias y populares a reconstruir el Perú. Me parece que esta convocatoria tendría un gran éxito en esta situación de crisis. ¿Tendrán las izquierdas este gesto de grandeza y de generosidad con el Perú y con la gente que más sufre?

Si las izquierdas y los grupos progresistas no son capaces de realizar este gesto, seguirán cortando el jamón la tecnocracia neoliberal, la Confiep y los medios de derecha. El Perú volverá a la aburrida “normalidad” impuesta desde hace treinta años y los peruanos seguirán siendo amenazados por la muerte lenta de la pandemia y de las crisis.

* Sociólogo y docente de la PUCP.